

## RETIRO: EL CREDO, SÍMBOLO DE LA FE.

### X.- CREO EN LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE Y LA VIDA ETERNA. AMÉN.

(Extraído de Revista Orar, material de Acción Católica General, Catecismo de la Iglesia Católica y otros)

#### VER:

Este año los retiros han sido sobre el Credo. Es no sólo importante, sino necesario, saber lo que estamos diciendo cuando lo profesamos los domingos y en algunas celebraciones.

Como hemos dicho, la Iglesia apostólica, desde su origen, quiso recoger lo esencial de su fe en resúmenes orgánicos y articulados. Estos resúmenes de la fe encierran en pocas palabras todo el contenido del Antiguo y el Nuevo Testamento. A estas síntesis de la fe se las llama:

- **“Profesiones de fe”**, porque resumen la fe que profesan los cristianos.
- **“Credo”**, porque en ellas la primera palabra normalmente es “Creo”.
- **“Símbolos de la fe”**, porque la palabra griega «*symbolon*» significa “recopilación”, “colección” o “sumario”. El “símbolo de la fe” es la recopilación de las principales verdades de la fe.

Entre todos los símbolos de la fe, dos ocupan un lugar muy particular en la vida de la Iglesia:

- El **Símbolo de los Apóstoles**, llamado así porque es considerado como el resumen fiel de la fe de los Apóstoles. Es el antiguo símbolo bautismal de la Iglesia de Roma.
- El **Símbolo Nicenoconstantinopolitano**, que es fruto de los dos primeros Concilios ecuménicos, celebrados en Nicea y en Constantinopla, donde se desarrolla, algo más, el de los Apóstoles. Sigue siendo todavía hoy el símbolo común a todas las grandes Iglesias de Oriente y Occidente.

En el retiro anterior reflexionábamos acerca del Espíritu Santo. El artículo del Credo que hoy vamos a contemplar es “CREO EN LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE Y LA VIDA ETERNA”. Nuestra sociedad trata de ocultar la muerte; sin embargo, la muerte es una de las preguntas fundamentales del ser humano de cualquier religión o cultura. El hombre sabe que morirá y, tarde o temprano tenemos que plantearnos el sentido de nuestra vida y el sentido de nuestra muerte.

Todas las personas se preguntan: ¿qué ocurre después de la muerte? La vida del ser humano discurre entre alegrías y penas, trabajos, proyectos y fatigas. ¿Dónde desemboca? ¿En la nada? ¿Vale la pena amar, trabajar y luchar para que otras personas sigan luchando y trabajando en un movimiento de rueda sin fin? ¿Qué podemos esperar nosotros después de la muerte?

Quienes profesamos la fe en el Dios vivo, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y en su acción creadora y salvadora, tenemos una luz de esperanza. Apoyados en la revelación que Dios mismo ha hecho para toda la humanidad, proclamamos la Resurrección de los Muertos y la Vida Eterna.

#### Para la reflexión:

- Si alguien me preguntase, ¿sabría explicarle qué es el Credo?
- Medito este párrafo: La vida del ser humano discurre entre alegrías y penas, trabajos, proyectos y fatigas. ¿Dónde desemboca? ¿En la nada? ¿Vale la pena amar, trabajar y luchar para que otras personas sigan luchando y trabajando en un movimiento de rueda sin fin? ¿Qué podemos esperar nosotros después de la muerte?
- ¿Cómo entiendo yo la resurrección de la carne? ¿Cómo imagino la vida eterna?

## **JUZGAR:**

### **LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE.**

Todo amor verdadero lleva consigo un anhelo de que la persona amada viva para siempre y viva plenamente. Pero el hombre es incapaz de hacer que la persona a quien ama, viva y viva para siempre, ya que él no tiene en su mano la vida y la muerte.

Dios ha hecho una alianza de amor con nosotros y desea que el hombre viva para siempre. Dios, que es Señor de la vida y de la muerte, tiene poder para hacer que el hombre viva eternamente. Dios ha realizado ya todas las exigencias de su amor en la resurrección de su Hijo Jesucristo, y también las realizará en nosotros, resucitándonos.

El Espíritu Santo resucitó a Jesús. Ese mismo Espíritu nos resucitará a nosotros porque habita en nuestros corazones y ha comenzado ya a producir frutos de vida eterna. La vida de la resurrección, que comienza para nosotros en esta tierra gracias a la acción del Espíritu Santo, un día quedará consumada en el Reino de la libertad o Reino de Dios.

La resurrección de los muertos fue revelada progresivamente por Dios a su pueblo. La esperanza de la resurrección corporal aparece como consecuencia intrínseca de la fe en Dios creador del hombre todo entero, cuerpo y alma.

A diferencia de lo que ocurre en el mundo griego, donde se habla de inmortalidad del alma, en el hebreo la supervivencia después de la muerte es la resurrección de la totalidad de la persona, incluido el cuerpo.

Los fariseos y muchos contemporáneos de Jesús esperaban la resurrección. Jesús la enseña con claridad y firmeza. Jesús fundamenta en su propia persona la fe de los demás en la resurrección: “Yo soy la resurrección y la vida” (Jn 12, 25). Es el mismo Jesús quien resucitará el último día a quienes hayan creído en Él y hayan comido su Cuerpo y su Sangre.

En su vida pública Jesús ofrece ya un signo de la resurrección futura devolviendo la vida a algunos muertos (por ejemplo la resurrección de la hija de Jairo, del hijo de la viuda de Naím, de Lázaro...) Acerca de su propia resurrección habla Jesús como del signo de Jonás, del signo del Templo... Jesús anuncia su resurrección futura para el tercer día después de su muerte.

Afirmar “Cristo ha resucitado” expresa lo esencial de la fe cristiana. Cuando Jesús resucita de entre los muertos, se cumple el designio divino concebido desde la eternidad, orientado a la resurrección del Hijo de Dios crucificado. La resurrección de Cristo es el fundamento primero y mayor de la fe.

La resurrección representa la razón de ser y el fin de la existencia de Cristo, destinado a ser el Crucificado glorificado. La resurrección de Cristo es el milagro más excelsa y definitivo. Todos sus milagros son una manifestación de su señorío y de su gloria; ponen de relieve que es el Señor.

Pero su resurrección no significa sólo la plenitud y el éxito personal de Jesús. El Crucificado-Resucitado es el modelo de todo hombre. La resurrección de Cristo es principio y causa de nuestra futura resurrección. Cristo es primicia: la primera “espiga” de la cosecha ya se ha recogido y se ha consagrado a Dios; a continuación lo será toda la mies.

Los Apóstoles nos han transmitido su testimonio de la resurrección de Jesús en unas narraciones en las que han debido emplear un lenguaje lleno de categorías simbólicas para explicar algo que supera la capacidad de comprensión humana. En estas narraciones se subraya lo siguiente:

Jesús es Él mismo, pero su modo de ser ya no es el mismo: resplandece en Él el Misterio de Dios; tampoco es un puro espíritu (come con los Apóstoles y se hace tocar); pero su materialidad es especial (entra estando cerradas las puertas y está al mismo tiempo en diversos lugares).

San Pablo utiliza la expresión paradójica “cuerpo espiritual” para referirse a Jesús resucitado, es decir, hay en el Resucitado una corporalidad que es pura expresión del Espíritu: el cuerpo queda hecho uno con el Espíritu de Dios.

El Símbolo Nicenoconstantinopolitano habla de la resurrección de los muertos, y el Símbolo de los Apóstoles nos invita a creer en la resurrección de la carne. El término “carne” designa al hombre en su condición de debilidad y mortalidad. La carne es la realidad creada por Dios, que me arraiga en una historia humana. Es ese nudo de relaciones, esa persona que soy yo y en la que Dios viene por medio de su Espíritu a poner su morada, si yo acepto su ofrecimiento y lo acojo.

La “resurrección de la carne” significa que, después de la muerte, no habrá solamente vida del alma inmortal, sino que también nuestros cuerpos volverán a tener vida. Lejos de ser un lastre, o una cárcel como decía el filósofo Platón, la carne es aquello por lo que tiene valor nuestra existencia. El Verbo se hizo carne y nos invita a tomar en serio nuestra condición humana corporal.

El Bautismo nos llama a acoger la salvación en la totalidad de nuestra existencia. En la fe cristiana, el cuerpo está llamado a la santidad, a participar plenamente de la gloria de Dios. En su carne es donde nos ha salvado Cristo. Su carne crucificada ha sido glorificada. En ningún momento vendrá la resurrección a borrar la experiencia de la cruz.

Quienes profesamos la fe en el Dios vivo creemos y esperamos que, del mismo modo que Cristo ha resucitado verdaderamente de entre los muertos, y que vive para siempre, igualmente los que han sido fieles a Dios hasta la muerte vivirán para siempre con Cristo resucitado.

En la muerte hay separación del alma y del cuerpo. El cuerpo se corrompe, mientras el alma va al encuentro con Dios, en espera de reunirse con su cuerpo glorificado. Dios omnípotente dará definitivamente a nuestros cuerpos la vida incorruptible, uniéndolos a nuestras almas. Esto se realiza en virtud de la resurrección de Jesús.

La resurrección no es una simple vuelta a la vida después de la muerte: no es un volver atrás, es un salto hacia adelante y hacia arriba. No es simplemente volver a vivir, es una dimensión de vida caracterizada por la plenitud, por la superación definitiva de los límites que tiene la vida tal como ahora la conocemos: límites de tiempo y espacio, límites de dolor, sufrimiento y muerte.

Y esa plenitud se alcanzará en una dimensión corporal, aunque con una materialidad totalmente transformada. Sobre el cómo ocurrirá la resurrección hemos de ser conscientes de que se trata de un hecho que sobrepasa nuestra imaginación y nuestro entendimiento. No es accesible más que por la fe.

### Para la reflexión:

- Medito este párrafo: La “resurrección de la carne” significa que, después de la muerte, no habrá solamente vida del alma inmortal, sino que también nuestros cuerpos volverán a tener vida. Lejos de ser un lastre, o una cárcel como decía el filósofo Platón, la carne es aquello por lo que tiene valor nuestra existencia. El Verbo se hizo carne y nos invita a tomar en serio nuestra condición humana corporal.
- Medito este párrafo: La resurrección no es una simple vuelta a la vida después de la muerte: no es un volver atrás, es un salto hacia adelante y hacia arriba. No es simplemente volver a vivir, es una dimensión de vida caracterizada por la plenitud, por la superación definitiva de los límites que tiene la vida tal como ahora la conocemos: límites de tiempo y espacio, límites de dolor, sufrimiento y muerte.

### **LA MUERTE.**

La muerte es el final de la vida terrena. Nuestras vidas están medidas por el tiempo en el curso del cual envejecemos y como en todos los seres vivos, al final aparece la muerte como la terminación normal de la vida. El recuerdo y la reflexión sobre nuestra mortalidad nos ayudan a contar con un tiempo limitado para corresponder a la llamada de Dios.

El hombre ve la muerte como una maldición, y se angustia porque no sabe cuándo le va a sorprender, y sobre todo, porque no acierta a imaginarse qué le sucederá después y teme caer en manos de la nada.

Pero aunque el hombre posea una naturaleza mortal, Dios le ha destinado a no morir. La muerte fue transformada por Cristo. El Hijo de Dios, Jesucristo, sufrió también la muerte, propia de su condición humana, pero a pesar de la angustia que experimentó ante ella, la asumió con un acto de obediencia, de amor filial obediente al Padre, con una entrega total y libre a la voluntad del Padre.

En la muerte Dios llama al hombre hacia sí. Con la gracia de Dios, puede el cristiano transformar su propia muerte en un acto de obediencia y de amor a Dios Padre, semejante al de Cristo y en unión con Cristo.

Gracias a Cristo, la muerte cristiana tiene un sentido positivo. Como dijo San Pablo: “*Para mí la vida es Cristo y el morir una ganancia*” (Flp 1, 21). Pablo descubre, en su propia muerte, motivos de esperanza: tras el derrumbamiento de la tienda corporal, espera el encuentro con Cristo, aunque con el esfuerzo previo por aprovechar bien el tiempo a favor de sus hermanos.

La visión cristiana de la muerte se expresa con fuerza especial en la liturgia de la Iglesia, por ejemplo en el Prefacio I de Difuntos: La vida de los que en Ti creemos, Señor, no termina, se transforma; y al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo. La muerte es el fin de la peregrinación terrena del hombre. Es el fin del tiempo de gracia y de misericordia que Dios le ofrece para realizar en su vida terrena el designio de Dios y alcanzar su último destino.

### Para la reflexión:

- ¿Cómo afronto la realidad de mi propia muerte?

## **EL JUICIO FINAL**

La resurrección de todos los muertos precederá al juicio final. Frente a Cristo, que es la verdad, se pondrá de manifiesto claramente, definitivamente, la verdad de la relación de cada persona con Dios. El juicio final revelará hasta las últimas consecuencias de lo que cada uno haya hecho de bien o haya dejado de hacer durante su vida terrena.

El juicio final sucederá cuando vuelva Cristo glorioso. Sólo el Padre conoce el día y la hora en que tendrá lugar; sólo Él decidirá el momento. Entonces Dios Padre, por medio de su Hijo, pronunciará su palabra definitiva sobre toda la historia.

Entonces nosotros conoceremos el sentido último de toda la obra de la creación y del plan de Dios sobre la salvación, y comprenderemos los hechos admirables por los que su Providencia habrá conducido a todas las cosas a su fin último. El juicio final revelará que la justicia de Dios triunfa sobre todas las injusticias cometidas por sus criaturas, y que su amor es más fuerte que la muerte.

## **EL CIELO.**

El cristiano ve la muerte como una entrada en la vida eterna. Los que mueren en la gracia y amistad de Dios y están perfectamente purificados viven para siempre con Cristo. Esta vida perfecta con la Santísima Trinidad, esta comunión de vida y amor con el Hijo y el Padre, en el Espíritu Santo, y con la Virgen María, los ángeles y todos los bienaventurados, se llama “cielo”.

Este misterio de comunión bienaventurada con Dios y con todos los que están en Cristo sobrepasa toda comprensión y toda representación humanas. La Escritura nos habla del cielo en imágenes: vida, luz, paz, casa del Padre, Jerusalén celeste, paraíso... Pero el cielo no es un lugar, como a veces imaginamos, semejante a los lugares que conocemos aquí en la tierra; es el fin último y la realización de las aspiraciones más profundas del hombre, el estado supremo y definitivo de la felicidad, participación en la misma felicidad de Dios.

A causa de su trascendencia y perfección infinita, Dios no puede ser visto tal cual Él es sino cuando Él mismo abre su misterio a la contemplación del hombre y le da capacidad para ello. Esta contemplación amorosa de Dios en su gloria celestial es llamada por la Iglesia “visión beatífica”.

Vivir en el cielo es “estar con Cristo”. Por su muerte y resurrección, Jesús nos ha “abierto” el cielo. El hecho de que haya cielo se debe a que Jesucristo existe como Dios y ha dado al ser humano un lugar en el ser mismo de Dios.

El hombre está en el cielo en la medida en que se encuentra con Cristo. La vida de los bienaventurados consiste en la plena posesión de los frutos de la redención realizada por Cristo. Jesús resucitado asocia a sí a aquéllos que han creído en Él y que han permanecido fieles a su voluntad. El cielo es la comunidad bienaventurada de todos los que están perfectamente incorporados a Cristo.

## EL PURGATORIO

Los que mueren en la gracia y en la amistad con Dios, pero imperfectamente purificados, sufren, después de la muerte, una purificación, aunque están seguros de su eterna salvación y de su amor a Dios. Esta purificación es necesaria para entrar en la alegría del cielo. En el cielo no puede entrar nadie con las más pequeñas imperfecciones en su vida de entrega a Dios.

La Iglesia llama “purgatorio” a esta purificación final. Es una purificación totalmente distinta del castigo de los condenados a la muerte eterna. Se trata de un proceso necesario, gracias al cual el hombre se hace capaz de Cristo, capaz de Dios y, en consecuencia, capaz de la unidad con toda la comunión de los santos en el cielo.

## EL INFIERNO

No podemos estar unidos a Dios si no elegimos libremente amarle. Pero no podemos amar a Dios si pecamos gravemente contra Él, contra nuestro prójimo o contra nosotros mismos. Jesucristo nos advierte de que estaremos separados de Él si omitimos socorrer las necesidades graves de los pobres y de los pequeños, que son sus hermanos.

Morir en pecado mortal sin estar arrepentidos, rechazando o no acogiendo el amor misericordioso de Dios, significa permanecer separados de Él para siempre por nuestra propia elección. Al igual que hemos dicho del cielo, el infierno no es un lugar, como los “lugares” de este mundo. Es sobre todo ese estado en que el pecador se excluye a sí mismo de la amistad con Dios, hasta el final de su vida, y que permanece ya así después de la muerte. Esto es lo que se designa con la palabra “infierno”. Es una situación de rechazo de la comunión con Dios. En el infierno no hay amor, no hay esperanza.

La enseñanza de la Iglesia afirma la existencia del infierno y su eternidad. La pena principal del infierno consiste en la separación eterna de Dios, en quien únicamente el hombre puede tener la vida y la felicidad para las que ha sido creado y a las que aspira con todo su ser.

No tenemos ninguna experiencia aquí en la tierra de lo que significa sentir frustrada totalmente y para siempre esta aspiración de bien infinito hacia el cual el alma se inclina con todas sus fuerzas y ansias de absoluto. Si la salvación es amistad con Dios, la condenación es el rechazo libre por parte del hombre de esta amistad.

Dios no predestina a nadie a ir al infierno. La Iglesia jamás ha afirmado de nadie que se haya condenado. Pero ha rechazado la idea de que “todos se salvan”. La posibilidad real de perdición, es decir, de condenación eterna, nunca ha sido puesta en duda por la Iglesia.

Dios sufre y muere por cada uno de nosotros, pero el hombre siempre tiene la potestad, desde su libertad, de decir “no” a Dios, y rechazar su amistad, hasta el último instante de su vida terrena. Para estar en el infierno es necesario un rechazo voluntario a Dios por el pecado mortal y persistir en ese rechazo hasta el último momento de nuestra existencia en este mundo.

Las afirmaciones de la Sagrada Escritura y las enseñanzas de la Iglesia acerca del infierno son un llamamiento a la responsabilidad. El hombre debe usar responsablemente la libertad que Dios le ha concedido para que busque siempre la verdad y el bien, y en último término para la plena amistad con Dios mismo.

### **Para la reflexión:**

- El juicio final revelará hasta las últimas consecuencias de lo que cada uno haya hecho de bien o haya dejado de hacer durante su vida terrena. En mi caso, en el juicio final, ¿qué alegaría la “acusación”, y qué alegaría la “defensa”?
- El cielo es el fin último y la realización de las aspiraciones más profundas del hombre, el estado supremo y definitivo de la felicidad, participación en la misma felicidad de Dios. ¿Qué sería para mí el cielo, qué características tendría?
- ¿Qué creo que yo tendría que purificar en el Purgatorio?
- Medito esta frase: El hombre siempre tiene la potestad, desde su libertad, de decir “no” a Dios, y rechazar su amistad, hasta el último instante de su vida terrena. Para estar en el infierno es necesario un rechazo voluntario a Dios por el pecado mortal y persistir en ese rechazo hasta el último momento de nuestra existencia en este mundo.

### **ACTUAR:**

La muerte corta la vida terrena de cada hombre en un día y en un momento que él ignora. Pero la muerte no es sólo un instante o como un accidente, sino que es como una carcoma, que va haciendo morir al hombre desde dentro, poco a poco, hasta llegar a destruir su vida terrena por entero. La enfermedad, el sufrimiento, las decepciones, el fracaso... son, en efecto, síntomas de que la vida se nos escapa a cada instante y de que algún día se nos escapará del todo.

Sin embargo, el hecho de que nuestra vida sea mortal tiene un aspecto positivo: nuestra vida es limitada y se desliza en una dirección, no vuelve atrás. Por eso, cada instante, cada día, cada año, tiene un valor inapreciable. Lo que ahora quede sin hacer, sin hacer queda; lo que ahora falte a nuestro amor, para siempre le faltará. *“Lo que yo no haga, quedará eternamente por hacer”*.

La realidad de la muerte exige que nos decidamos en cada momento. A la luz de la muerte el creyente descubre el sentido de la vida. La muerte nos señala el fin de un tiempo que no ha de volver y del que disponemos para realizar nuestra vida terrena y, así, decidir nuestro destino. La muerte da a cada uno su tiempo: mientras disponemos de él, urge que vivamos con plenitud.

Ser testigo de Cristo es ser testigo de su resurrección. La esperanza cristiana en la resurrección está enraizada en la resurrección de Cristo, marcada por los encuentros con Él. Nosotros resucitaremos como Él y viviremos con Él.

Desde los comienzos de la vida de la Iglesia, la fe en la resurrección ha encontrado oposición. Se acepta que después de la muerte la persona humana continúa viviendo de una forma espiritual, pero no se acepta que este cuerpo mortal pueda resucitar a la vida eterna.

Gracias al Espíritu Santo recibido en el Bautismo, la vida cristiana en la tierra es, ya desde ahora, una participación en la muerte y resurrección de Cristo. Como dijo san Pablo: “*Por el bautismo fuisteis sepultados con Cristo y habéis resucitado con él... si habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba*” (Col 2, 12).

“Buscar los bienes de allá arriba” consiste en seguir a Jesús, con fe viva, con esperanza firme, con amor sin medida, uniéndonos a Él en el cumplimiento de la voluntad del Padre, bajo la acción del Espíritu.

Unidos a Cristo por el Bautismo, los creyentes participan ya realmente en la vida celestial de Cristo resucitado. Los Misterios de la Muerte, Resurrección y Ascensión de Cristo se han actualizado en la vida del cristiano a través de los Sacramentos. Por ello, en cierta medida, dichos misterios son una realidad poseída. Alimentados con la Eucaristía, con su Cuerpo, nosotros pertenecemos ya al Cuerpo de Cristo. Cuando resucitemos en el último día, apareceremos con Él llenos de gloria

Como indicó el Concilio Vaticano II en su constitución *Gaudium et spes* (39), la espera de una tierra nueva no debe debilitar la preocupación de cultivar esta tierra, que puede ofrecer ya cierto esbozo del siglo nuevo. Por ello, aunque hay que distinguir cuidadosamente el progreso terreno del crecimiento del Reino de Cristo, sin embargo, el primero, en la medida en que puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa mucho al Reino de Dios.

Todos los frutos buenos de nuestra naturaleza y de nuestra diligencia, tras haberlos propagado por la tierra en el Espíritu del Señor y según su mandato, los encontraremos después de nuevo, limpios de toda mancha, iluminados y transfigurados cuando Cristo entregue al Padre el reino eterno y universal.

Los cristianos, radicados en la esperanza y en la confianza en Dios, nos sentimos llamados a luchar contra el pecado, contra la injusticia, contra el mal y la mentira, presentes en nuestra propia vida y en el mundo que nos rodea. Convocados a seguir a Jesús, impulsados por su Espíritu, caminamos hacia el encuentro definitivo con Dios-Trinidad promoviendo entre los hombres la caridad fraterna, el triunfo de la verdad y la justicia, procurando cumplir en todo la voluntad de Dios Padre.

**AMÉN.**

“Amén” es la última palabra del Credo. Nosotros ignoramos cómo y cuándo realizará Dios “los cielos nuevos y la tierra nueva”, pero esperamos con firmeza que tendrán lugar. Mientras llega ese día, nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu de Dios, aguardamos la liberación de los hijos de Dios en un mundo transformado.

Nuestra esperanza no se funda en el progreso de las ciencias y los conocimientos del hombre, que pueden ser muy positivos. La esperanza cristiana sobrepasa cualquier posibilidad humana y, mientras vivimos, sufre el combate de tentaciones y pruebas continuas. Nuestra esperanza sólo descansa en Dios, quien, por Jesucristo, en el Espíritu Santo, nos ha manifestado y comunicado definitivamente su amor.

Jesucristo, en efecto, es el “Amén” en quien se cumplen las promesas del Dios de la Alianza. También nosotros, con Jesucristo, respondemos “Amén” a Dios. Al decir “Amén”, expresamos nuestra confianza a Dios que ha sido bueno con nosotros, ha cumplido sus promesas y nos ha salvado.

### ***Para la reflexión:***

- Medito este párrafo: La realidad de la muerte exige que nos decidamos en cada momento. A la luz de la muerte el creyente descubre el sentido de la vida. La muerte nos señala el fin de un tiempo que no ha de volver y del que disponemos para realizar nuestra vida terrena y, así, decidir nuestro destino. La muerte da a cada uno su tiempo: mientras disponemos de él, urge que vivamos con plenitud.
- Medito este párrafo: Unidos a Cristo por el Bautismo, los creyentes participan ya realmente en la vida celestial de Cristo resucitado. Los misterios de la muerte, resurrección y ascensión de Cristo se han actualizado en la vida del cristiano a través de los sacramentos. ¿Tengo esa experiencia?
- ¿Soy consciente de lo que significa decir “amén” al terminar de rezar el Credo?

### **LA MUERTE NO ES EL FINAL (CESÁREO GABARAÍN)**

Tú nos dijiste que la muerte  
no es al final del camino,  
que aunque morimos nos somos  
carne de un ciego destino.  
Tú nos hiciste, tuyos somos.  
Nuestro destino es vivir  
siendo felices contigo,  
sin padecer ni morir.

Cuando la pena nos alcanza  
por un hermano perdido,  
cuando el adiós dolorido  
busca en la fe su esperanza,

en tu Palabra confiamos,  
con la certeza que Tú  
ya le has devuelto la vida,  
ya le has llevado a la luz.

Cuando, Señor, resucitaste,  
todos vencimos contigo.  
Nos regalaste la vida  
como en Betania al amigo.  
Si caminamos a tu lado,  
no va a faltarnos tu amor,  
porque, muriendo, vivimos  
vida más clara y mejor.

## RETIRO: EL CREDO, SÍMBOLO DE LA FE.

### X.- CREO EN LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE Y LA VIDA ETERNA. AMÉN.

*(Extraído de Revista Orar, material de Acción Católica General, Catecismo de la Iglesia Católica y otros)*

#### VER:

- Si alguien me preguntase, ¿sabría explicarle qué es el Credo?
- Medito este párrafo: La vida del hombre discurre entre alegrías y penas, trabajos, proyectos y fatigas. ¿Dónde desemboca? ¿En la nada? ¿Vale la pena amar, trabajar y luchar para que otras personas sigan luchando y trabajando en un movimiento de rueda sin fin? ¿Qué podemos esperar nosotros después de la muerte?
- ¿Cómo entiendo yo la resurrección de la carne? ¿Cómo imagino la vida eterna?

#### JUZGAR: LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE.

- Medito este párrafo: La “resurrección de la carne” significa que, después de la muerte, no habrá solamente vida del alma inmortal, sino que también nuestros cuerpos volverán a tener vida. Lejos de ser un lastre, o una cárcel como decía el filósofo Platón, la carne es aquello por lo que tiene valor nuestra existencia. El Verbo se hizo carne y nos invita a tomar en serio nuestra condición humana corporal.
- Medito este párrafo: La resurrección no es una simple vuelta a la vida después de la muerte: no es un volver atrás, es un salto hacia adelante y hacia arriba. No es simplemente volver a vivir, es una dimensión de vida caracterizada por la plenitud, por la superación definitiva de los límites que tiene la vida tal como ahora la conocemos: límites de tiempo y espacio, límites de dolor, sufrimiento y muerte.

#### JUZGAR: LA MUERTE – EL JUICIO FINAL – EL CIELO – EL PURGATORIO – EL INFIERNO.

- El juicio final revelará hasta las últimas consecuencias de lo que cada uno haya hecho de bien o haya dejado de hacer durante su vida terrena. En mi caso, en el juicio final, ¿qué alegaría la “acusación”, y qué alegaría la “defensa”?
- El cielo es el fin último y la realización de las aspiraciones más profundas del hombre, el estado supremo y definitivo de la felicidad, participación en la misma felicidad de Dios. ¿Qué sería para mí el cielo, qué características tendría?
- ¿Qué creo que yo tendría que purificar en el Purgatorio?
- Medito esta frase: El hombre siempre tiene la potestad, desde su libertad, de decir “no” a Dios, y rechazar su amistad, hasta el último instante de su vida terrena. Para estar en el infierno es necesario un rechazo voluntario a Dios por el pecado mortal y persistir en ese rechazo hasta el último momento de nuestra existencia en este mundo.

## ACTUAR: AMÉN.

- Medito este párrafo: La realidad de la muerte exige que nos decidamos en cada momento. A la luz de la muerte el creyente descubre el sentido de la vida. La muerte nos señala el fin de un tiempo que no ha de volver y del que disponemos para realizar nuestra vida terrena y, así, decidir nuestro destino. La muerte da a cada uno su tiempo: mientras disponemos de él, urge que vivamos con plenitud.
- Medito este párrafo: Unidos a Cristo por el Bautismo, los creyentes participan ya realmente en la vida celestial de Cristo resucitado. Los misterios de la muerte, resurrección y ascensión de Cristo se han actualizado en la vida del cristiano a través de los sacramentos. ¿Tengo esa experiencia?
- ¿Soy consciente de lo que significa decir “amén” al terminar de rezar el Credo?

### LA MUERTE NO ES EL FINAL (CESÁREO GABARAÍN)

Tú nos dijiste que la muerte  
no es al final del camino,  
que aunque morimos nos somos  
carne de un ciego destino.  
Tú nos hiciste, tuyos somos.  
Nuestro destino es vivir  
siendo felices contigo,  
sin padecer ni morir.

Cuando la pena nos alcanza  
por un hermano perdido,  
cuando el adiós dolorido  
busca en la fe su esperanza,

en tu Palabra confiamos,  
con la certeza que Tú  
ya le has devuelto la vida,  
ya le has llevado a la luz.

Cuando, Señor, resucitaste,  
todos vencimos contigo.  
Nos regalaste la vida  
como en Betania al amigo.  
Si caminamos a tu lado,  
no va a faltarnos tu amor,  
porque, muriendo, vivimos  
vida más clara y mejor.

